

militantes de nuestra Unidad Básica que murieron. Es un acto importante que clava en nuestra memoria el recuerdo de nuestros desaparecidos, es un homenaje que merecen y es un acto que los honra. Ellos, los que no tuvieron tumba. *Chango* es uno de ellos. Desapareció una mañana, después de que allanaran su casa. Esa misma noche le pregunté si estaba seguro de que no lo seguían, si estaba siendo cuidadoso. No lo era por personalidad, y eso me preocupó. Recuerdo que me contestó: ‘creo que no me siguen’. Y el ‘creo’ quedó repicándose en la cabeza, como una mala señal. A la madrugada, lo fueron a buscar. Sé que le taparon la cabeza con un suéter y que lo metieron en un auto. Fue lo último que se supo de él. Hoy podemos recordarlo en su fortaleza y en sus debilidades, mientras sentimos, en el misterioso camino de los años, que algo de su entusiasmo y de su bondad sigue con nosotros.

Chango, nuestro *Chango*, que fue estudiante, amigo, compañero, pareja. *Chango*, que apenas tenía 24 años y toda una vida por delante. *Chango*, que tenía entonces la edad que ahora tienen nuestros hijos. *Chango*, que peleó por un porvenir que nunca llegaría a ver.

El día que se lo llevaron, algo nuestro murió con él. Hoy, en nuestro recuerdo, y en este homenaje que le hacemos, algo de él sigue viviendo”.

Clara, compañera de Chango



AUAD, Ángela

ÁNGELA AUAD

El martes 19 de febrero de 2013 colocamos la baldosa en memoria de Ángela. Hubiera cumplido 68 años. Mis dos pequeños hijos y el agite cotidiano no me permitieron conectar cabalmente con ese momento y cuando tuve que hablar a los convocados, lo hice sin saber, encontrando qué era lo que quería decir. Lo encontré ayer, en el duerme vela. *Mossi*, como le decían en Tucumán, era íntima amiga de mi tía Cristina, militaban juntas en el norte, y de mi madre. Cuando a mediados del 77 recuperó su libertad –estuvo detenida en Devoto–, vino a vivir con nosotros a la casa de Charcas, donde colocamos la baldosa.

Tengo de ella un recuerdo dulce y fragmentado. Olores, juegos y su cara crispada de terror el día que se la llevaron a la rastra de la Iglesia de la Santa Cruz.

En el final de *La lista de Schindler*, la película de Spielberg, los descendientes

de los 1.100 hombres y mujeres que ese empresario alemán salvó colocan, de uno en uno, como dicta la tradición judía para saludar a un muerto, una piedra sobre su tumba. La cámara se aleja, la fila de miles y miles es tan larga que la pantalla gigante del cine no la abarca completa en ningún momento. Así recuerdo yo esa escena a la distancia de 20 años. Lloré mucho con esa imagen final, porque es un contundente modo de VER qué fue todo lo que nos quitaron las manos asesinas y monstruosas de los genocidas, cuando se llevaron a cada uno de nuestros seres queridos. No solo una vida sino todo lo que esa vida debía prometer hacia adelante. Los hijos y nietos que no tuvieron, los libros que no escribieron, el amor que no encontraron. Todo eso nos han arrancado cuando los arrancaron de nuestro lado. Pero tenemos Memoria, la memoria que resignifica el pasado horror en lucha y logro presentes y en perfiles de un futuro cada vez mejor.

En el inicio, las baldosas eran, junto con los escraches, una herramienta indispensable contra el olvido, contra la impunidad de esos crímenes aberrantes. Hoy tienen la misma importancia pero colocarlas da un poco menos de rabia, porque gracias a la lucha ineludible de los organismos de Derechos Humanos, con las Madres a la cabeza, y de un Estado que, en tanto tal, asumió la responsabilidad que le compete por los crímenes de lesa humanidad perpetrados durante la Dictadura, tenemos juicios y condena en cárcel común.

Falta que los 400 nietos apropiados, hoy ya hombres y mujeres, puedan recobrar su Identidad, falta conocer el destino final de miles de compañeros, falta desentramar la red de complicidad civil. Falta mucho, sí... pero no es poco lo logrado.

Ángela Auad, querida y dulce *Mossi*, junto con los 30.000 compañeros detenidos-desaparecidos, ¡Presentes! ¡Ahora y siempre!

Roxana Salamone, sobrina de Ángela Auad.



COLOMBO, Álvaro Martín

ÁLVARO MARTIN COLOMBO SIERRA

Álvaro Colombo Sierra nació en noviembre de 1954. Fue militante de la Juventud Peronista desde muy joven, estudiante de Derecho y sindicalista en el gremio judicial. Secuestrado en noviembre de 1976 y desaparecido desde entonces.